

un ser siempre vivo, a quien el cristiano encarna por completo, ante el mundo, a partir del bautismo. La Iglesia es la visibilidad terrena del Cristo celestial. Ella encarna su amor, su testimonio, su mensaje. *Para el creyente, la acción fundamental es reproducir a Cristo en la historia.* Dios es la acción suma, infinita, total. Él es la vida. Y el cristiano, porque está unido a él, acepta su vida, es decir, su acción. La caridad, que es la perfección suma y acabada, es el dinamismo del ser en su tensión de amor. La acción es perfección suma porque se identifica con la caridad.

2. El diálogo, según el Evangelio, laboratorio de la verdad.

El cristianismo es radicalmente diálogo entre Dios y los hombres, y de los hombres entre sí, precisamente porque el cristianismo es fundamentalmente comunidad y comunión.

Estamos en la época de los diálogos. Diálogo Este-Oeste; diálogos internacionales, políticos, confesionales. Nueva York, Ginebra, Bruselas, y tantas otras capitales, son pebeteros que mantienen vivos los diálogos de hoy. Una concepción autoritaria de la vida ha dado paso a otra más igualitaria y dialogal. La Iglesia está hoy en diálogo consigo misma y con el mundo. Pedir diálogo es hoy ya un tópico corriente.

Si analizamos la vida, veremos que, en su fondo profundo, es un diálogo de existencias. La vida nace de la intercomunicación. El hombre es un ser constitutivamente altruista. El egoísmo no sólo es pecado moral y religioso: es un atentado contra la vida y contra la consistencia misma del ser. La vida, el desarrollo, la cultura, el amor, etc., se dan y se reciben. Y el recibir constituye al ser.

No existe nada más útil que conocer esta existencia abierta, dialógica, de los seres humanos, pues en ello va la existencia del ser personal y de la comunidad. El diálogo, todo diálogo de cualquier tipo o nivel, para ser verdaderamente enriquecedor, ha de asentarse sobre la base general de la intercomunicación. Ha de ser un como llevar a conclusiones concretas lo que es ley de existencia y de vida.

La revisión de vida ha de ser entendida como *la explicación e intensificación máxima del diálogo instaurado por Dios con el hombre* y que, compendiando todos los diálogos e intercambios naturales y humanos, lleva al hombre y a la humanidad a una participación real, misteriosa del divino intercambio, infinito y eterno, del Padre con el Hijo en el Espíritu. La revisión de vida intenta hacer conciencia y experiencia los intercambios positivos, vitales, de los hombres con los hombres y de todos los hombres con Dios.

El nivel de nuestra perfección estará marcado por el nivel de apertura a este diálogo verdaderamente existencial. El diálogo nos enriquece porque nos universaliza. Pertenece a la conversión religiosa del hombre el percatarse de este hecho. Difícilmente advertimos que solemos pensar por fragmentos, que casi nunca tenemos el sentido del conjunto y, por tanto, de la realidad. A veces defendemos para nosotros realidades fragmentadas que, en el conjunto, suponen una quiebra y un empobrecimiento. La visión de conjunto nos hará huir de la dispersión y nos hará tender hacia la unidad universal. El hombre, abandonado a sí mismo, tiende a dispersarse. Su reflexión le ha de encaminar hacia la unificación de sí.

Los hombres suelen convivir juntos. Pero esta convivencia suele alcanzar diferentes niveles. Todo depende de la naturaleza de los intercambios que la convivencia establece. Existe la pura convivencia, en la que lo único común

es la contemporaneidad, el hecho de vivir a la vez. Existen los intercambios de valores personales, espirituales, de amistad. El diálogo verdaderamente humano ha de ser siempre personal. El hombre no se realiza a sí mismo sino en la convergencia de un nudo de relaciones personales, de unos y otros. No se vive realmente si no se está en relación de vida con otros. Hacerlo supone una verdadera conversión que depende del verdadero descubrimiento del hombre. «Lo que hay de más importante en el mundo, escribió Bonhoeffer, son los hombres... ¿Qué representa el mejor libro, el cuadro más precioso o la casa más extraordinaria al lado de mi esposa, de mis padres o de mis amigos? De esto solamente pueden hablar aquellos que en su vida hayan hallado realmente a alguien... En el fondo, lo que en la vida hay de más importante son los encuentros entre los hombres. El mismo Dios quiere que lo sirvamos en los demás»¹.

El verdadero diálogo personal ocurre cuando el uno entra verdaderamente en el otro. Algo así como el fuego cuando penetra en el tronco para dejarle marcado en su misma profundidad. Hay diálogo personal cuando el amor pone las huellas de cada uno en el otro.

La instauración del verdadero diálogo no es algo fácil y repentinizable. Presupone unas actitudes constitutivas y se realiza según unas leyes.

Componentes fundamentales del buen diálogo son:

a) *El nacimiento del «sentido del otro».* No existe donde reina la vanidad que es suficiencia de sí ante los otros; o el orgullo que es pura complacencia de sí. Mientras el otro sea mi rival, mi competidor, o simplemente mi contemporáneo, no es verdadero prójimo para mí. Decimos que un pintor tiene el sentido de la perspectiva, que

1. Cf. *De la vie communautaire*, «Foi Vivante», Neuchâtel 1968.

un profeta tiene el sentido de la historia, que un médico tiene el sentido del diagnóstico. Tener el sentido del hombre ocurre cuando hasta el primer movimiento espontáneo es ya de apertura y respeto. Cuando uno propende al respeto, a la comunicación de sí, tan espontáneamente como la mano al ojo para sacar la mota intrusa. Exactamente como el samaritano de la clásica parábola. Próximo es estar y sentirse próximo al otro con el corazón en la máxima sintonía existencial. El otro es «otro yo», y, a la vez, lo mío *distinto de mí*. Es «otro yo», pues sólo amándole como me amo a mí soy justo y veraz, en el plan de Dios. Y es lo mío distinto de mí porque construimos lo que todavía no tenemos en comunicación personal con el otro. Nuestro fin coincide con la comunión plena. Atentan contra esta visión justa del otro los prejuicios sociales, raciales, y cuanto pospone lo personal al mundo de los objetos o cosas.

b) Si el primer componente del diálogo es el nacimiento del sentido del prójimo, es de importancia decisiva, el nacimiento *del sentido cristiano* de los otros. Ya dijimos bastante al hablar del sentido comunitario de la vida cristiana. Pero podemos compendiarlo todo diciendo que el cristiano ha de hacer habitual e intensa la persuasión de que él representa a Cristo, le personaliza, ante los demás, poseyendo aquí para los otros su propio amor y, por si esto no basta, ha de tratar a los demás como cuerpo de Cristo que son.

c) Otro componente del diálogo es *vivir en situación*, teniendo un vivo sentido de la marcha de la vida, de la historia del universo y del hombre hasta en los detalles insignificantes. Las pequeñas comuniones interpersonales de unos con otros son fragmentos que nutren y alientan la definitiva comunión final.

d) El verdadero diálogo sólo lo realiza el amor *sin*

cerro. Lo tenemos cuando no somos como el sacerdote y el levita de la parábola del samaritano, simples transeúntes ante las contingencias de los demás. Se dice de Juan XXIII que unos días antes de su muerte afirmó: «Me marchó a la casa en que no se habla más que una lengua: la lengua del Amor.» El cristiano acelera en su comportamiento la vida eterna. Verle a él es entrever el Amor de Dios.

e) Un buen ideal para una eficaz revisión de vida en grupos de honda exigencia apostólica y espiritual, está en *el amor de amistad*. La pura camaradería no establece una comunicación *personal*. En la camaradería se siente que el otro es un igual, pero la comunicación es más bien superficial porque las personas únicamente comulgan en la obra exterior que realizan. En la amistad se descubre al otro precisamente en cuanto es otro, y se le descubre más allá de uno mismo, en su propia vocación. La amistad une en la diversidad porque *se desenuelue no en el egoísmo sino en la afirmación del valor absoluto del otro*. Cuando el otro no cuenta como persona total, con todas sus implicaciones y resonancias, se le reduce a objeto. La verdadera amistad descubre al otro, siendo precisamente otro *aun a partir de uno mismo*, y, establecida la distinción, establece la intercomunicación. Incluso, al amar al otro, se le ama en lo que es su vocación, su tendencia y aspiración. Se le ama más allá de él mismo, de igual forma que yo amo en mí lo que ciertamente espero y a lo cual tiendo. De esta forma la amistad se basa en una aspiración común que, rebasando a uno y otro, va realizando progresivamente a los dos. En la amistad lo decisivo es la persona en su dinamismo completo e integral. La amistad suscita siempre el futuro del otro para que alcance su realización. Por eso, cuando los grupos de revisión de vida son grupos de amistad, la convivencia se convierte en un laboratorio de verdad, de vida eterna.

Hablemos ahora de *las leyes* bajo las cuales debe realizarse todo buen diálogo.

a) La primera es *saber escuchar*. A pesar de la aparente sencillez, es algo difícil a los hombres. Supone una modestia a toda prueba y un amor muy sincero. Requiere un gran respeto a la presencia del otro, cuando se nos abre en las contingencias de su existencia concreta, cuando nos ofrece su intimidad al descubierto. Quien posee el arte de escuchar, posee ya una buena parte del corazón del otro, porque gran parte de los males humanos obtienen una mitigación considerable por el mero hecho de quedar expuestos al exterior.

Saber escuchar es imprescindible porque, para el corazón humano, difícilmente existen recetas prefabricadas. Cada uno, en sus problemas, es una realidad irrepetible. Pueden estar ofreciéndole soluciones durante toda una vida y, sin embargo, el problema puede permanecer enquistado en el corazón. Una paciente escucha es el verdadero comienzo para las soluciones eficaces.

b) *El sumo respeto al otro, en lo concreto de sus problemas y preocupaciones*, es la segunda ley de todo buen diálogo. No debe ahuyentarnos no ya su persona, sino ni siquiera sus problemas o males concretos. Hay que atenderle en sus males, en sus preocupaciones. De lo contrario el diálogo quedará reducido a pura palabrería.

c) *La tercera ley es responder con el sentido más agudo de lo concreto*. No evadirse. No buscarnos a nosotros a propósito de él. Responder a su problema en la medida de nuestra luz y de nuestra fuerza. El hombre se realiza a sí mismo únicamente por referencia a los demás. Hay que intentar que nuestra proximidad a él sea la aproximación de su persona, en lo posible, a su perfección, a su tensión hacia Dios, hacia su consumación definitiva.

d) Formulamos una última ley del diálogo: *ser tes-*

tigos fieles, y no mercaderes de sabiduría, *de aquello que respondemos*. Ser testigos es algo más que decir o afirmar. Es comprometer tanto en lo que se contesta que negarlo equivaldría a negarnos a nosotros mismos. Hay que intentar ser sinceros. Que cuando hablemos exista en nuestra boca no sólo un consejo justo, sino la presencia viva, real, de lo que decimos. Esto requiere que seamos seres interiormente unificados. Todo error de juicio y hasta todo olvido de la verdad, de lo justo, nos descubre como erróneos o como ignorantes a nosotros mismos. Por ello hay que intentar que cuando dialoguemos sea nuestra persona completa, perfectamente unificada, lo que se ofrezca al otro como testigo verdadero.

Hay que dialogar. Sólo en diálogo se construye el hombre. El miedo a contrastarse es una especie de suicidio o de pereza culpable que frecuentemente se quiere disfrazar de paz o de orden. Dialogar es existir y crecer. No dialogar es existir sin vivir, sin realizarse; un simple pasar el tiempo. Esconderse, dejar de expresar su verdad, lo que se es, es como dejar de ser. Esconderse en la pura interioridad es introducirse en la pura nada.

Ser hombre y ser cristiano equivale a vivir en diálogo, porque diálogo es la expresión concreta del amor. Y todos tenemos que amar y con todas las fuerzas. Amar con todas las fuerzas es ser relación dadivosa y sincera; una relación que parte de mi intimidad y pasando por la intimidad profunda del otro, empuja y arrastra hacia lo universal y trascendente. El cristiano no puede vivir en paz y tranquilidad humanas. La intranquilidad sana, la preocupación por los otros, ya es el comienzo del diálogo. Y garantía de autenticidad humana y cristiana.